

PRÓXIMO NÚMERO:

LA FINISIMA NOVELA DE AMOR

DULCE ADELINA

Protagonista: El simpático CHARLES RAY

Incomparable asunto

32 páginas Numerosas fotografías

25 céntimos

Postal-fotografía-regalo: ELMO LINCOLN

La Novela Semanal Cinematográfica

aparece los miércoles en toda España

¡Siempre las más sensatas películas!

Sea usted coleccionista de la Biblioteca de

Los Grandes Films

Los mejores asuntos indiscutiblemente, por ser la mejor publicación en su género

64 páginas ¡Buen texto!

Fidelísima interpretación de la novela cinematográfica

Portadas sin competencia

Precio popular: **50 céntimos**

Acaba de ponerse a la venta el gran éxito

JUSTICIA GITANA

por DOROTHY DALTON

Próximo número

LA "POUPÉE" DE PARÍS

¡ACONTECIMIENTO!

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 231

25 cts.



LA EXTRAÑA
SEÑORA BELLEW

POR

Gloria Swanson,

Conrad Nagel, etc.

Filmoteca

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 231

LA EXTRAÑA SEÑORA BELLEW

Sentimental novela de sugestivo asunto, interpretada por la famosa artista **Gloria Swanson**, en el rôle de Isabel Bellew, y secundada por:

Mickey Moore, en el papel de *Miguel Bellew*
ROBERT CAIN, » » *Leandro Bellew*
Helen Dumbar, » » *Tia Agata*
June Eldvidge, » » *Noami Templeton*
CONRAD NAGEL, » » *Roberto Hobart*
Herbert Standing, » » *Guillermo Hobart*
Frank Elliot, » » *Duque Roskoy de*
etc. *Varnack*

Paramount Especial

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LIANE HAID.

LA EXTRAÑA SEÑORA BELLEW

Argumento de la película del mismo título

En Woodmere se levantaba la elegante casa de campo de los Bellew. Sus suntuosas paredes, el refinado lujo de su interior, albergaban a un matrimonio desunido. Leandro Bellew, el marido, pasaba semanas enteras ausente de su hogar, entregado a una existencia de crápula. Su esposa, Isabel, había tenido que poner a prueba toda su discreción y toda su bondad para salir airosa de muchas situaciones difíciles de su vida conyugal.

Únicamente su hijo, el pequeño Miguel Bellew, había llevado al corazón de la madre la ternura y el encanto de la vida, contribuyendo no poco a compensarla de sus amarguras de casada. Ponía en su niño, todas las ansias maternas y el anhelo de felicidad de su corazón solitario.

Vivía con los Bellew, la tía Agata, una mujer de mediana edad, soltera y rica, que tenía ceguera por su sobrino Leandro, y ésto le hacía disimular todos sus defectos.

Una tarde, en el jardín de la finca, Isabel jugaba con su hijo al "croquet". Jerónimo Woodruff, un antiguo amigo y vecino de los Bellew, en quien el pequeño Miguel había encontrado gran afecto y amistad, les acompañaba.

Se detuvo un automóvil ante la puerta principal de la casa. Descendió de él Leandro Bellew, que, después de una semana de ausencia, regresaba a su

hogar. Saludó con falsa ternura a los suyos y explicó la necesidad de su nueva partida:

—He venido solamente a daros un abrazo y a ver cómo estáis. Tengo que regresar en seguida a la ciudad... He dejado pendiente un asunto importante.

—Papá, quédate aquí con nosotros — rogó el niño, ávido de besos paternos.

—Qué más quisiera yo, hijo mío. Pero mis negocios me absorben...

El importante asunto que retenía a Leandro en la ciudad y le hacía olvidarse de sus obligaciones, tenía forma... femenina. Se trataba de Noamí Templeton, una aventurera que tenía dos grandes pasiones: el dinero y la hipocresía. Esta mujer, de belleza fuerte, suavemente otoñal, aprisionaba la voluntad de Leandro, haciendo de él un muñeco dispuesto a satisfacer sus más fútiles caprichos.

A la tarde siguiente, en el distinguido "Country Club" de Oakdale, Leandro y su amiga Noamí tomaban el te. Pasó cerca de ellos Isabel Bellew, acompañada de Jerónimo Woodruff, hombre honrado a carta cabal, cuya amistad con la esposa de Leandro nada tenía de pecaminosa.

Bellew instó a Noamí para que marcharan. ¡Si les llegara a ver Isabel! No, no; ni quería pensar. Pero ella se negaba a ocultarse.

—Y si tu mujer nos ve, ¿qué? ¿No sabes que yo te quiero como a nadie en el mundo? Primero soy yo, ¿entiendes?

—Noamí... te lo suplico... vámonos pronto.

—Me parece una solemne tontería... pero, en fin, marchemos... No me podrás culpar de poco complaciente.

Entretanto, Jerónimo e Isabel habían tomado un

refresco en el Club. Al despedirse, ella suplicó a su amigo:

—Oye, Jerónimo... Leandro cena en casa esta noche; ¿por qué no vienes a jugar una partida de "bridge" con nosotros?

—No faltaré...



—Reposaba suavemente con la felicidad de los sueños azules de la niñez...

Leandro, con Noamí, había llegado a casa de ésta. Su visita sería corta. Había prometido pasar la noche con su mujer y su hijo.

Noamí odiaba con todo el poder de su corazón corrompido a la señora Bellew. En sus sueños de aventurera, se veía sustituyendo en el hogar a Isabel, haciéndose de este modo dueña absoluta de las riquezas de Leandro. No le unía a este hombre más

que un sentimiento de conveniencia, que en nada se parecía al amor.

Con sus besos, con sus caricias prodigadas sabiamente, logró convencer a Leandro.

—Quédate conmigo... Pasaremos aquí la noche... Telefona que no te esperen...

El, débil ante las perversas astucias de Noamí, accedió a todo. Y unos momentos después, en casa de los Bellew, una de las camareras comunicaba a Isabel:

—Señora, el señor acaba de avisar por teléfono que no le esperen a cenar...

—Bien... Gracias...

Pero ella sintió en su corazón cómo poco a poco iban desmoronándose las últimas ilusiones. Jerónimo intentó consolarla con sus frases de caballero perfecto. Aunque conocía la vida disoluta del marido, procuraba ocultárselo a Isabel, invadido de generosa piedad.

El niño preguntó, extrañando ya su alma infantil las ausencias prolongadas del padre:

—Mamá, ¿por qué no viene papá a cenar con nosotros?

—Los negocios, Miguelito... Tú no comprendes todavía. Anda, vete a dormir.

La misma madre le desnudó, no separándose de su lado hasta que el niño quedó dormido. Reposaba suavemente, con la felicidad de los sueños azules de la niñez.

En casa de Noamí, la perversa mujer comenzaba su plan de combate contra Isabel.

—No creo — le decía a Leandro — que tu Isabelita cene sola. No faltaré Jerónimo allí, para hacerle compañía.

Algo, una vaga sospecha, pareció cruzar por la frente de Leandro, pero la rechazó con dolor. Y, luego, añadió con un gesto de disgusto:

—Mira, Noamí, ¿quieres hacer el favor de no volver a hablarme de mi mujer?

—Ya que me dices que me quieres más que a ella, ¿por qué no te divorcias y te casas conmigo?

—No digas tonterías. Eso que me propones es imposible.

Hablaba con sinceridad. A pesar de todo, comprendía la distancia moral que separaba a Noamí de Isabel... Esta era buena y maternal; Noamí estaba bañada en un fuego venenoso. ¿Cómo iba a ponerla en su hogar?

Ella, temiendo se le escapara la fortuna y el nombre de Bellew perdió su disfraz de corrección para adquirir sus antiguos hábitos del arroyo. Empuñó un pequeño revólver, lo apuntó al pecho de su amigo, y le dijo:

—Te lo pregunto por última vez. ¿Estás dispuesto a divorciarte de tu mujer para casarte conmigo?... ¿Sí o no?

—¡Dame el arma! ¿Cómo te atreves?

Y su mano fuerte dominó el brazo tembloroso de Noamí, arrancándole el revólver, que guardó en un bolsillo de su americana.

—Ya te lo he dicho... Es imposible... no me divorciaré...

—Quizá sea ella la que te pida el divorcio. ¡Ve con cuidado! Jerónimo ronda a tu mujer. ¡Ja, ja, ja! Y tú estás en babia. ¡Qué ridículo eres!

Y le ofendía en los más íntimos sentimientos.

—No quiero escucharte — repuso Leandro, fuera de sí—. Me marchó.

Cogiendo el sombrero, salió precipitadamente... Pero en su alma resonaban las frases insidiosas de Noamí: "Jerónimo... el divorcio... ¡te engaña!" Sintió celos, un rugido de odio en su interior... Pronto saldría de dudas.

Cuando entró en el salón de su casa, vió juntos a Woodruff e Isabel. Esta salió a su encuentro, resplandeciente de alegría:

—Me alegro de que hayas venido, porque había invitado a Jerónimo a jugar una partida de "bridge" con nosotros.

—No es el "bridge" lo que a Jerónimo le trae a mi casa — dijo el marido con siniestra intención.

—¡Leandro! — respondió el aludido, rojo por la magnitud de la ofensa.

—¡Por Dios, Leandro, ten juicio! — dijo Isabel—. Tú has bebido... No estás en tus cabales.

—No le defiendas. Es un miserable. Viene por ti. Voy a castigarle como se merece.

Estaba terrible en su actitud provocadora. Las insidias de Noamí, el vino, abundantemente prodigado en casa de su amiga, hacían de él un marido de novela romántica. Isabel le miraba aterrada, no comprendiendo esta inesperada brutalidad.

—Leandro, comprendo que no eres dueño de ti mismo al ofenderme tan gravemente — dijo Jerónimo—. Te perdono de antemano.

—¡Cínico!... ¿Quieres callar?... ¿Aun te defiendes? ¡Fuera de mi casa! ¡Infame!... ¿No quieres? A puñetazos he de sacarte.

Y con su recio puño golpeó el rostro de Jerónimo. Este retrocedió, dolorido por la agresión, y fuerte y varonil contestó con un golpe no menos terrible. Su mano de hierro derribó a Leandro.

—¡Infame! — gimió éste. Y loco, su manos tatearon los bolsillos, y algo metálico, un revólver, brilló de pronto en ella, seguido de dos fogonazos cegadores. Acababa de disparar.

—¿Qué has hecho? — gritó Isabel.

Jerónimo llevóse las manos al corazón, su rostro quedó blanco como la cera, y cayó muerto.

—¡Leandro! ¡Leandro!... ¿Por qué has hecho esto? ¡Le has matado!

—No, yo no quería...— respondió el marido con loco terror.

—¡Dios mio!...

E Isabel, débil e infortunada, no pudo resistir aquella fuerte emoción y cayó desvanecida junto a Jerónimo.

¡Terrible drama!... Leandro, con el horror de todos los criminales por su propia obra, salió del salón; y a poco, la tía Agata y los criados presenciaban aquel cuadro escalofriante.

Y el marido, como un cobarde, buscó protección al lado de Noamí, de la mujer que un momento antes le había insultado.

Ella se dió cuenta de que algo tremendo había ocurrido a su amigo.

—¿Qué te ha pasado?

—¡Acabo de matar a Jerónimo Woodruff!

—¡Tú!!

—No sé cómo fué, ni quién armó mi mano asesina... Van a cogerme. Estoy perdido para siempre.

Sus manos, que agitaban agudo temblor, sacaron el arma homicida. Noamí dió un grito:

—¡Mi revólver! ¿Ha sido con él?

—¡Sí!

—¡Qué horror!... Es necesario salvarte rápidamente...

Vamos a llamar a Porter, un abogado amigo mio... Telefonaré.

Noamí llamó a Horacio Porter, un letrado para el que lo único importante era sacar los asuntos adelante aun cuando fuera a costa de su honor profesional. En cuatro palabras ella le puso en antecedentes de lo ocurrido.

—Que se entregue a la policía en el acto, pero que no diga *absolutamente nada*. Voy allá a hacerme cargo del asunto.

Leandro temblaba en un rincón, viendo ya en sus muñecas los grilletes del presidio. Noamí, mujer sin conciencia, dueña de la situación, le dijo:

—Leandro, si me pongo de tu parte y te ayudo, ¿me juras que te divorciarás de tu mujer y te casarás conmigo?

—¡Oh!... ¡Sí!... ¡Sí!...

Estaba aletado, se hubiese convertido en esclavo del ser más vil que le hubiera propuesto la salvación.

—Pues bien... entrégate ahora a la policía... pero tú no *digas nada*. Porter te salvará, no lo dudes... Y luego, tú y yo seremos marido y mujer. ¿Verdad?

—Lo que tú quieras... pero sálvame.

—Confía en mí...

Poco después, en el domicilio de Bellew, el abogado Porter se hacía cargo de la trágica situación. Leandro se había entregado a la policía. Allá en su habitación, Isabel lloraba pensando en las consecuencias de lo ocurrido.

Porter tenía un proyecto siniestro. Se decía que la única salvación de Leandro estaba en impedir que la señora Bellew dijese una sola palabra. El ya arreglaría lo demás, explicando a su modo las causas de

la muerte de Woodruff. Y astuto y hábil, hombre práctico en estos negocios, visitó a Isabel.

—Señora Bellew, es preciso que guarde usted silencio. Niéguese a hablar de lo que ha visto. No diga nada, absolutamente nada.

Un grito de protesta se rebeló en el alma de la mujer.

—Pero ¿eso no es una injusticia? Leandro lo mató sin haber recibido la más pequeña provocación.

Le repugnaba su marido, veía en él al frío verdugo que no retrocedía ante el crimen.

—No es por Leandro por quien suplico, es por su hijo, señora — prosiguió Porter—. No debe usted permitir que lleve en la frente el estigma del hijo de un asesino.

¡Su hijo! ¡Su inocente niño, ajeno a todas las infamias! ¡Oh, sí, por él callaría, por él ocultaría la verdad! Leandro no le importaba, pero su Miguel ya era otra cosa. Su ansia maternal surgía en ella con un vigor poderoso.

Cumplió su palabra. Y durante todo el proceso, Isabel permaneció encerrada, sin darse cuenta de la táctica empleada por el poco escrupuloso Porter.

El día de la vista, todos los espíritus morbosos que se complacen en el mal ajeno se dieron cita en el Palacio de Justicia. El procesado, Leandro, aparecía tranquilo, seguro de que las artimañas de su defensor le abrirían las puertas de la libertad.

Y Porter usó un procedimiento indigno. Presentó a Leandro como el marido escrupuloso de su honor que se defiende y mata cuando ve que un rival perturba la paz venturosa.

—Bellew, señores — decía—, no hizo más que defenderse cuando se vió atacado por un hombre que

le había robado su más preciado tesoro: su mujer... Exactamente lo mismo que hubiesen hecho ustedes en igualdad de circunstancias...

Y su palabra fogosa describía el adulterio, la indignidad de Isabel injuriando en su propio hogar a su marido. Y tan elocuente fué en sus afirmaciones, que logró del Jurado un fallo absolutorio.

Cuantos habían asistido a la vista salieron convencidos de que Leandro era un perfecto caballero e Isabel una esposa infiel que merecía la execración de las gentes honradas.

Las ediciones extraordinarias de los periódicos anunciaron con grandes letras la conclusión del proceso, y el juez Bradford, un antiguo amigo del padre de Isabel, fué el primero en llegar a su lado.

—¡Isabel, esto es monstruoso! ¿Por qué les has consentido que usen tu nombre de esta manera?

La noble mujer se estremeció de indignación ante la noticia. ¡Infames! ¡Infames!

—¡Con sus argucias lograron que no declarase en el proceso! ¡Me hicieron creer que guardando silencio salvaría a mi hijo del deshonor!

Habían arruinado su vida para siempre. Ya jamás sería respetada en este mundo donde las gentes pecan, pero guardan una actitud hipócrita. Y para salvarse, Leandro no había vacilado en calumniarla, en poner su honor a la faz pública con una impudicia sin igual. Lloró con el viejo juez, y abrazó a su hijo, llenándolo de besos, acariciándole con una embriaguez nerviosa, adorando aquella carne suya tan adorable...

Y entretanto, ya libertado, Leandro corría a casa de Naomi y bebía con ella una copa de champaña:

—¡Por la salud de la nueva señora Bellew!

—Por nuestra felicidad — contestó ella.
Y unieron sus labios.

*
**

Tras una iniquidad vino otra; comenzaron los procedimientos legales para obtener el divorcio, durante el cual Isabel luchó por evitarlo y por conservar a su hijo; pero el juez dictó por fin sentencia. La ley es dura, atiende únicamente a la inflexibilidad de sus normas, y como todo la acusaba, el fallo fué favorable al marido.

Bradford, el viejo amigo, comunicó por teléfono a Isabel el resultado de la sentencia.

—Isabel, a Leandro le han concedido el divorcio. Ella sonrió amargada.

—Ya me lo temía. Pero ¿cuál de los dos se quedará con Miguel?

—El juez ha concedido al padre la custodia del niño — explicó la voz.

—¡No, no! ¡Eso no puede ser! — gritó Isabel, estremecida como loca ante la idea de perder a su hijo—. ¡Mi hijo se quedará conmigo!... Tengo tomadas mis medidas para impedir que me separen de él.

—Ten calma, no acabes de complicar tu situación, pobre amiga mía.

—¡Oh! Soy madre... Quiero defender lo que es mi vida.

Y unas horas más tarde, Isabel con su hijo embarcaba en un trasatlántico con rumbo a Europa. ¡Que vinieran ahora a quitarle a Miguel! ¡Era suyo, sin él prefería morir!

El buque levó anclas.

Hallábanse entre los pasajeros: Roberto Hobart, un joven novelista que emprendía su primer viaje

a Europa, lleno de entusiasmo y de optimismo juveniles, y su tío, Guillermo Hobart, que le acompañaba en su viaje, dispuesto a servir de contrapeso, con su prudencia de anciano, a la impulsiva inexperiencia del joven.

En su camarote, Isabel con su hijo parecía haber recobrado la libertad. El barco marchaba a velocidad



—¡No, no! ¡Mi hijo quedará conmigo!

creciente y su rumbo significaba el olvido de muchas horas de dolor. Pero de pronto el buque comenzó a disminuir su marcha, hasta pararse por completo. ¿Qué había ocurrido?

Los pasajeros preguntaban la causa de la detención.

—Tenemos orden de detenernos hasta que llegue el vaporcito de la policía — informó un oficial.

Las gentes se miraban unas a otras, sorprendidas por la noticia. ¿Habría algún ladrón, algún criminal entre ellas?

La llegada de dos agentes de policía desvaneció el equívoco. Se trataba de que una pasajera quería llevarse a su hijo en contra de una orden judicial. Y el marido, enterado de la partida, reclamaba al pequeño.

La policía penetró en el camarote de Isabel. Le mostraron la orden superior, exigiéndole la entrega del niño.

—¡No, no! — rugió la madre, viendo desvanecida su última esperanza—. ¡Mi hijo quedará conmigo!

Lo abrazaba estrechamente, como si quisiera fundirlo en su propia carne.

—Señora, es una orden del juez, y hay que cumplirla...

—Piedad, sean ustedes buenos... Ignoran lo que es separarse una madre de su hijo. ¡Déjenme quedar con él!

Se veía que los agentes realizaban un penoso deber. ¡Es tan conmovedor el ruego de una madre!... Pero por encima, estaba la ley, la justicia, implacable en sus decisiones.

A viva fuerza tuvieron que arrancarle el niño. Miguel lloraba, y su voz argentina repetía como una oración:

—Mamá... mamá... no me dejes...

—¡Hijo mío!...

Y volvía a abrazarle, a transmitirle el ardor de su cariño glorioso. El agente, un buen hombre, intentó consolarla.

—No se ponga así, buena señora. Su hijo volverá con usted muy pronto... Ande, demuestre que es us-

ted fuerte... Y dígame a su niño que no llore más, que usted irá pronto con él.

Ella quedó unos instantes aletargada. Pero temiendo que su resistencia implicara mayores males, se acercó a Miguel y le dijo:

—No llores más, niño mío...



Acarició los juguetes con los que momentos antes se entretenía su Miguel, y rompió a llorar, destrozada por el sacrificio.

—Yo no quiero marcharme, mamá, no quiero...

—Sí, Miguelito. ¿Verdad que vas a ser un hombre y te vas a ir con ellos si tu mamá te lo pide? Y el niño cedió finalmente:

—Adiós, mamita, pero no tardes...

Y cuando se cerró la puerta tras de su hijo y los agentes, Isabel sintió el frío de la más intensa soledad. Acarició los juguetes con los que momentos antes se entretenía su Miguel, y rompió a llorar, destrozada por el sacrificio.

El vapor reemprendió su rumbo. Y los pasajeros



Algunos días de descanso forzoso, convirtieron el intenso dolor del corazón de Isabel en honda amargura.

siguieron comentando el inesperado suceso.

El viejo Hobart suspiró con una dulzura religiosa:

—¡Qué mundo este, en el que estas cosas son posibles!

Algunos días de descanso forzoso convirtieron el intenso dolor del corazón de Isabel en honda amar-

gura. Ya no tenía arrebatos de desesperación, pero en su alma seguía la huella de la sangrienta herida.

Se hallaba en un sillón, sobre cubierta, gozando del yodado y leve aire del mar. Cerca de ella el joven Roberto Hobart había comenzado a escribir una novela y leía algunos fragmentos a su tío.

Vino una racha de viento y una de las hojas escritas se escapó de la mesita de Hobart, sin que éste se diera cuenta. El papel fué volando hasta posarse sobre el cuello alabastrino de Isabel. Esta, con un gesto desdeñoso, lo apartó de sí, pero viendo en él algo escrito, sintió la curiosidad de leerlo.

La virtud es el gran escudo de la mujer. Mientras su propia virtud la proteja, la mujer estará siempre a salvo de murmuradores y maldicientes. Por esta razón, el hálito del escándalo no pudo manchar la limpia reputación de Mildred...

Una extraña sonrisa se dibujó en las facciones nobles de Isabel. ¿Qué significaba aquello? Pero Roberto, que se había dado cuenta de lo sucedido, estaba ante ella, dándole sus excusas.

—Usted perdone, señora. Es esa brisa que se ha llevado el papel. Estoy escribiendo una novela y...

—Sí... he leído su página... Pero ¿cree usted de veras que lo que usted dice en su párrafo es siempre cierto en la práctica?

—Yo creo que sí — respondió Roberto con su ingenuidad juvenil...

—No sé... — murmuró ella.

En días sucesivos volvieron a encontrarse, uniéndoles la amistad superficial de dos personas que han simpatizado y se ven obligadas a vivir varios días forzosamente juntas. Pero Isabel seguía pensando en su hijo, del que cada día se iba alejando más y más.

Y mientras tanto, allá, en la solitaria casa de campo de Woodmere, Noamí era presentada por Leandro a la tía Agata.

—Tía Agata, tengo el gusto de presentarte a mi esposa.

Un sentimiento de protesta vibró en el alma de tía Agata. Esta mujer, que sentía por su sobrino una profunda simpatía, había igualmente condenado a Isabel; pero, ahora, el nuevo matrimonio de Leandro le hacía ponerse en guardia.

—¿Cómo es posible, Leandro?... Hace tan poco tiempo...

—Noamí es una mujer encantadora. Va a hacerme completamente feliz.

Y la tía Agata besó con frialdad a Noamí, cuyos ojos resplandecían de alegría viendo convertidos en realidad todos sus sueños.

Leandro llamó a Miguel y le dijo:

—Hijo mío... Esta señora va a ser ahora tu mamá... Bésala.

—No, no, yo quiero a mi mamá Isabel, sólo a mi mamá Isabel...

Y la criatura no quiso besar a la intrusa, quien a su vez le miró con feroz odio de madrastra.

*
**

Isabel desembarcó en el Havre. Dirigióse a Deauville, la playa de moda de Francia, en donde encuentra ancho campo la frivolidad de los que tratan de olvidar las cosas serias de la vida.

Allí, con su hogar destruído, su buen nombre escarnecido, separada de su hijo, trataba de olvidar, en medio de aquella cabalgata de mentira y falsedad,

Al llegar al hotel, vió a Alicia Granville, en un

tiempo gran amiga suya, que no tenía más norma de sus actos que el qué dirán. Para ella lo único importante era guardar las apariencias. Se hallaba hablando con un elegante caballero, el gran duque Ros-toy de Varnack.

Isabel, satisfecha de encontrar en lejanas tierras



Y calumniada y vilipendiada, insultada por todos, Isabel sintió en el fondo de su alma un inmenso desprecio por el mundo.

un rostro amigo, se acercó para saludarla, pero ella le volvió despectivamente la espalda. La antigua señora Bellew, herida por el insulto, se retiró.

Para el Gran Duque no pasó desapercibida la escena. Le causó gran impresión la belleza de Isabel, y Alicia, que pensaba en sus sueños juveniles ser un

dia Gran Duquesa, procuró desacreditar a su antigua compañera:

—¡Habrás visto audacia! ¡Pretender hablar conmigo esa mujer!

—Pues ¿qué ocurre? — dijo tranquilamente el noble.

—¡Figúrese! Su marido mató a su amante y después se divorció de ella. En Nueva York la llaman "La imposible señora Bellew".

—Ya, ya...

Rostoy estaba contento. Una mujer de tales antecedentes no sería difícil para un hombre como él... Y despidiéndose de Alicia, mandó a Isabel una tarjeta en la que campeaba su escudo ducal, con estas líneas:

Lamento el incidente del "hall". ¿Me honrará usted en la cena con su compañía esta noche? Rostoy.

Isabel se había encerrado en su cuarto. Leía un telegrama que acababa de recibir del viejo Bradford aconsejándole continuara indefinidamente en Europa, pues la situación seguía igual. ¿Qué iba a hacer en esta Europa donde las gentes vivían una existencia de placer? Cuando recibió la tarjeta del Duque, la rompió en varios pedazos, indignada. ¿Por quién la habían tomado?... Pero vió ante ella el perfil burlón de Alicia, y se dijo que no era ocasión de hacerse la sacrificada ante aquella orgullosa criatura. Y calumniada y vilipendiada, insultada por todos, Isabel sintió en el fondo de su alma un desprecio inmenso por el mundo; pero por una paradoja de su espíritu femenino, se lanzó a él, dispuesta a aturdirse en medio de sus fiestas y sus locuras.

Aceptó la invitación del Duque, y aquella noche, en el Gran Casino de Deauville, en el que los grandes

disipadores rinden culto a la diosa Fortuna, cenó con Rostoy.

En una de las mesas cercanas hallábanse, entre otros, Alicia Granville y Roberto Hobart, quien al ver en el Casino a su antigua compañera de travesía, se dirigió a saludarla.

—¿Qué tal, Hobart? — dijo ella, sonriente—. ¿Cómo se desarrolla el tema amoroso de su novela?

Y como el Gran Duque permaneciera serio y altivo, ella se apresuró a presentarle. Roberto tomó asiento junto a ellos.

—El señor Hobart es un novelista, Duque. Sus opiniones acerca de la vida y del amor son muy interesantes.

Rostoy contempló con cierta superioridad al joven novelador y le dijo:

—Me parece que ustedes, los americanos, saben muy poco de la vida y absolutamente nada del amor.

El joven intentó defender sus opiniones, y su ingenuidad fué simpática al Gran Duque, hombre ya corrompido por el ambiente vicioso del mundo.

Cuando Hobart se retiró, el Duque, estrechándole la mano, le dijo:

—Encantado de haber podido escuchar sus teorías... Y cuando vaya usted a la playa, no deje de hacerme una visita en mi tienda de campaña.

Roberto regresó a su mesa, donde Alicia estaba muerta de celos al ver al Duque en compañía de aquella antipática mujer.

El joven, emocionado por el encuentro con Isabel, explicó:

—Es una señora encantadora que hizo el viaje en el "Olympic" con nosotros. ¿Quiere usted que se la presente?

—No, muchas gracias; la conozco hace ya tiempo...

Las dos mujeres se miraron con ojos de desafío, y sus pupilas tenían el brillo resplandeciente de los puñales. Y mientras en Deauville, las gentes gozaban del encanto frívolo de la buena vida, en América, en la casa de campo de los Bellew, el carácter de Noamí chocaba de nuevo con el de tía Agata. La nueva mujer de Leandro odiaba a Miguel, que le hacía recordar a su antecesora.

—Este chico es inaguantable — decía—. No puedo soportarle más... Hay que mandarle a un colegio o a alguna parte.

Agata quiso protestar, pero ella le atajó brutalmente:

—Y a usted tampoco la obligo a que se quede aquí por fuerza.

—Me iré de muy buena gana, y me llevaré a Miguel conmigo.

Leandro carecía de autoridad para imponerse. Le dominaba por entero Noamí y transigió con todo por evitarle disgustos.

En la playa de Deauville, todas las mañanas, un mundo elegante se da cita bajo sus tiendas de campaña que la resguardan del sol.

Entre las tiendas más suntuosas se hallaba la del gran duque Rostoy, donde se reunían sus amistades. Alicia no faltaba ningún día, pero ahora, dominada por los celos, mostraba una gran nerviosidad. También se hallaba Roberto Hobart, que acababa de dejar a su tío. El Duque esperaba tranquilamente la llegada de Isabel.

—Por lo visto, la señora Bellew no tiene en gran aprecio su invitación — dijo, insidiosamente, Alicia.

—La señora Bellew, como toda mujer hermosa,

tiene el derecho de llegar cuando a ella le acomode.

Alicia se mordió los labios y alejóse tarareando una canción.

Pocos momentos después llegaba Isabel Bellew con un precioso traje de baño. Pretendía aturdirse, ahogar el grito de dolor que resonaba insistentemente en su corazón. Entró majestuosa, como una reina, y al ver que ninguna de las damas allí presentes vestía traje de baño, dijo con la más encantadora de las sonrisas:

—Por lo visto, en las playas francesas no está de moda bañarse. Me parece que estoy fuera de lugar con mi traje de baño.

Fué la heroína de la fiesta, la que se impuso a todos con su elegancia y su porte aristocrático. Preparó un "cocktail" americano, y Alicia tuvo que confesar que la había vencido con su seducción femenina, y el joven Hobart comenzaba a sentir por Isabel la gran pasión de su vida. ¡Qué hermosa era y agradable!

Cuando terminó la reunión, el Duque, que se sentía igualmente seducido por los encantos de la señora Bellew, dijo a ésta:

—La noche del martes de carnaval, voy a dar una fiesta en mi villa. ¿Será usted tan amable que me haga el honor de presidirla?

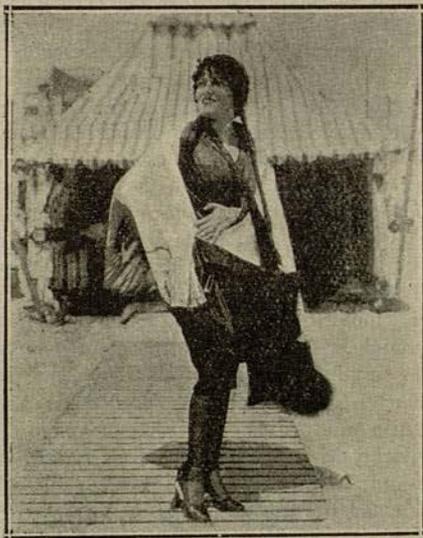
—Iré...

Salió ella con Roberto. Este vestía también traje de baño. En la playa vió a un niño que le pareció tenía cierta semejanza con su Miguel. Le abrazó fuertemente, sintiendo revivir la honda pasión de sus entrañas. Pero la arrancaron de los brazos de aquella criatura, y quedó triste y desolada. El novelista la miraba con curiosidad. ¿Qué clase de mujer era aquella?

Al fin, sobreponiéndose a su emoción, dijo a Roberto:

—Como parece que somos los únicos que estamos en traje de baño, vámonos al agua.

Se lanzaron al mar, suavemente tranquilo en la



Pocos momentos después llegaba Isabel Bellew con un precioso traje de baño.

mañana veraniega. Y sobre una balsa que sostenía el toldo de una sombrilla de colores chillones, se detuvieron a descansar.

Roberto, espíritu selecto y fino, rompió el silencio:

—¿Por qué le gusta tanto la compañía de esas gentes? Usted no es de su clase.

Ella calló.

—He notado que hay en usted dos personalidades distintas. En el toldo del Gran Duque me ha parecido usted una mujer frívola y alegre... En cambio, cuando estrechaba usted aquella criatura en sus brazos, parecía una madre ideal.

Isabel le miró tiernamente, sintiendo por el joven una dulce simpatía. Parecía un buen chico. Y quiso confesarle la verdad.

—Eso último es lo que soy en realidad: una madre... Mi historia es dolorosa, un verdadero calvario...

Y la canción de las olas arrulló la historia de su vida. Cuando terminó, ella lloraba. Roberto estaba conmovido.

—Ahora me explico la doble personalidad que yo apreciaba en usted. ¿De modo que era su hijo de usted aquel chiquillo que los detectives se llevaron del "Olympic"?

—Sí. Está ahora con su padre.

—¡Ah, señora! Creo que se equivoca usted al querer ahogar sus penas en el loco torbellino de las fiestas mundanas, y que se expone a grandes peligros.

—Quiero olvidar.

—No es ese el remedio... He visto que Rostoy la invitaba a su fiesta del martes de carnaval... Le suplico a usted, por su bien, que no asista a esa fiesta.

Y mientras departían y él sentía la alegría de dar buenos consejos, en la playa, Alicia se acercó al tío

de Roberto y le dijo, señalando el sitio donde se hallaban los dos compatriotas.

—El gran duque Rostoy no es el único hombre que ha sucumbido a los hechizos de esa mujer. Veo que también su sobrino de usted está a punto de caer en sus redes.

El viejo se alarmó. El había venido para velar por Roberto.

—¡Bah! — dijo, intentando disimular su disgusto—. No me cabe duda de la buena intención de sus advertencias, pero me parece que no hay motivo para alarmarse.

—¿Que no? La señora Bellew es una mujer célebre y peligrosa...

Quedó pensativo el anciano ante aquel peligro. Y cuando, media hora después, Roberto le expresó su entusiasmo por Isabel, diciéndole que era una mujer encantadora y muy desgraciada, "la más desgraciada que he visto en mi vida", el tío Guillermo se propuso mostrarse vigilante.

En los días que siguieron, el consejo del joven novelista, y sobre todo la idea de que éste había llegado a comprenderle, produjeron una saludable reacción en el espíritu de Isabel, casi desequilibrado por el dolor. Estaba escribiendo una carta al Gran Duque excusándose de asistir a la fiesta del martes, cuando le anunciaron la visita del tío de Roberto. Este apareció preocupado.

—Señora — dijo—; mi ingenuo sobrino parece haber estrechado estos días los lazos de su amistad con usted. Y, por lo que he podido oírle, siente por usted una profunda compasión...

Le pareció a Isabel comprender a qué venía aquel hombre.

—Y usted, por lo que veo, no comparte con su sobrino la opinión que él ha formado de mí, ¿no es eso?

—Perdón, señora... Pero usted sabe que existen razones poderosas que son un obstáculo para que yo comparta la opinión que mi sobrino tiene de usted.

El viejo sufría. Pero le habían hablado de tal manera de Isabel, que él debía velar por el porvenir de su sobrino, un joven inexperto.

—Comprenda usted, señora...

—Comprendo perfectamente, no diga usted más... Ni usted ni su sobrino pueden tener la menor relación de amistad con "la imposible señora Bellew".

El anciano se inclinó y despidióse fríamente de ella. E Isabel, al quedar sola, sintió que su tristeza era más viva, que la única alma que pareció comprenderla se le escapaba de sus manos, y se propuso continuar su vida de algazara que le hacía olvidar su pasado. Rompió la nota en que excusaba su asistencia a la fiesta del Gran Duque. Iría, iría...

En Nueva York, Leandro pagaba las consecuencias de su delito. La señora había telefonado diciendo que no la esperasen a cenar. Otro hombre, un banquero millonario, había sustituido a Bellew. Noamí, alma impúdica, rodaba continuamente por la pendiente descarnada de la aventura. Y en su casa de campo, Leandro sentía la tortura del abandono y la voz acusadora de su conducta anterior como un grito implacable.

*

**

A pesar de la fama que tiene Deauville por sus grandes y excéntricas fiestas, ninguna igualaba en suntuosidad y esplendor a la que la noche de Carnaval ofrecía el Gran Duque a sus amistades.

Y aquella misma noche, como llega una brisa de aire fresco a las caldeadas arenas del desierto, llegaban Miguelito y la tía Agata a aquella ciudad en la que parecía haberse dado cita la humanidad decadente.

La tía Agata había comprendido, convencida por el viejo amigo Bradford, la injusticia de que había sido objeto su sobrina. E iba a buscarla para solicitar su perdón y entregarle su hijo.

—¿Está aquí la señora Bellew? — preguntó en el hotel.

—Acaba de salir.

—Tía, ¿no está mamá? — dijo impaciente el niño.

El viejo Guillermo Hobart, que se encontraba casualmente junto al pupitre de la conserjería, escuchó esta conversación, y viendo al pequeñín, sintió en su alma la duda de si efectivamente Isabel sería una víctima del destino.

—Señora — dijo acercándose a Agata—, ¿tiene usted la bondad de escucharme dos palabras?

—¿Qué sucede, caballero?

—Supongo que es usted pariente de la señora Bellew... y deseo hablar con usted acerca de ella.

El viejo contó todo lo que ocurría en Deauville. Sus dudas, su incertidumbre sobre la verdad de aquella mujer. Y la tía Agata, explicó toda la historia, el trágico suceso de la existencia de Isabel.

—Es la mujer más buena del mundo — dijo—. El destino la ha combatido duramente, pero al fin triunfará de su dolor, y sobradamente castigado queda su marido por las frivolidades cometidas.

—¡Pobre criatura! — replicó el viejo, conmovido—. ¡Yo también he sido injusto con ella, negándole mi amistad y la de mi sobrino!

Por su lado, Roberto había ido a visitar a Isabel. Quedó desagradablemente sorprendido al decirle que la señora se hallaba en la fiesta del Gran Duque.

¡Oh! Aquella mujer le atormentaba con su extraña actitud. Un momento antes, creyendo que ella no iría a la fiesta, la consideraba la mejor criatura de la tierra, y se burlaba de su inexperiencia de novelista al escribir que sirviéndole de escudo su propia virtud, la mujer estará a salvo de murmuraciones. No. No. El mundo era malo y podía más que la propia santidad femenina. Pero ahora, al saber que estaba con el Duque, las dudas volvían a atormentarle. Repentinamente celoso, conociendo que amaba a Isabel, se dirigió a la villa de Rostoy.

Era como un cuadro de las "Mil y una noches" aquella fiesta. Perfume embriagador, luces opacas, melodiosa música; todo cuanto podía halagar los sentidos... Roberto descubrió a Isabel, vestida de pedrería, con una sonrisa feliz y turbadora. Se acercó tembloroso y le dijo:

—Veo que no ha querido usted seguir mi consejo ¿Por qué ha venido usted a esta fiesta?

—No creo que sean esta ocasión y este sitio, los más indicados para ponerse serio. Olvide... y haga el loco como los demás.

El sonrió tristemente. E Isabel siguió riendo, junto al Duque, feliz en apariencia pero atormentada por una amargura interior.

Lluvias de rosas, copas de champaña, músicas sensuales, sonrisas de mujer, gritos de júbilo... Pero Roberto, alejado espiritualmente de allí, observó que Isabel desaparecía del gran salón hacia otra habitación, a la que a poco el Gran Duque se retiraba igualmente.

Le llamó la atención esta actitud extraña y se dispuso a salir de dudas de una vez.

Isabel había entrado en una salita a arreglarse el vestido. Antes se miró a uno de los espejos que encuadraban la habitación. Se sentía fatigada; aquella vida no era para ella.

Vió penetrar al gran duque Rostoy, impecable en su frac, elegante y pálido.

Ella retrocedió asustada.

—Usted perdone. He venido a arreglarme el vestido antes de irme de su casa.

Una sonrisa perversa se dibujó en las facciones del Duque.

—¿No me permite usted que la ayude?

Y su mano audaz intentó abrazar el tesoro de aquel cuerpo.

—Es usted una mujer encantadora... Hace mucho tiempo que yo soñaba con este momento feliz.

Ella le rechazó, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Yo tengo la culpa de que usted piense de mí lo que nadie debiera haber pensado... Mis locuras de estos días, de las que ahora me arrepiento, me han hecho adquirir aquí una fama, de la que precisamente quería huir...

—¡Bah!... No intente usted disimular ahora.

Y abarcó nuevamente con sus brazos el talle de Isabel, pretendiendo besar su boca tentadora.

Pero un brazo enérgico le separó con violencia. Era el de Roberto Hobart.

—Me parece que usted no ha comprendido bien — dijo mirándole con energía.

Los dos hombres parecieron ir a agredirse, pero el Duque, desdeñoso, exclamó:

—Lo que comprendo es que cuando una mujer se conduce como ella se ha conducido esta temporada, mis actos de esta noche tienen una justificación lógica.

—El ambiente en que usted vive y las personas



—Es usted una mujer encantadora... Hace mucho tiempo que yo soñaba con este momento feliz.

con quienes se relaciona de ordinario han hecho, indudablemente, que no supiera usted comprender...

—Bien... bien... Yo las cosas las logro de grado, ¿sabe?... Buenas noches, caballero.

Y sin alterarse un músculo de su rostro, salió de la salita. El quería el amor sin complicaciones, sin desafíos. Ya que no había podido conseguir a Isabel, otra mujer, tan hermosa como ella, la sustituiría...

Roberto y la señora Bellew se miraron en silencio. Ella comenzó a hablar:

—Le agradezco mucho lo que ha hecho usted por mí y la opinión en que me tiene a pesar de los consejos de su tío...

—Isabel... la adoro... — dijo Roberto con una timidez de primer amor.

Ella le miró tristemente.

—Esa misma opinión en que me tiene usted le hará comprender que no debe volver a pensar en mí.

¡Simpático Roberto! ¡De haberlo conocido antes! Ahora, no...

El joven insistió, pintándole su pasión con las frases repetidas eternamente por todos los enamorados.

—No insista. Esto no será jamás...

El se declaró vencido:

—Sin embargo, espero que tanto mi tío como yo podremos seguir siendo buenos amigos de usted.

—Sí, amigos, sí; pero nada más. Desde hoy mi vida quiero consagrarla enteramente a mi hijo... Y ahora, buenas noches, señor Hobart...

—Buenas noches... *imposible señora Bellew...*

La vió partir, espléndida y deliciosa. ¡Nunca sería suya! ¡Pero siempre la tendría en el corazón!

Cuando llegó al hotel, Isabel encontróse con su tía Agata y su hijo. Y como si la presencia de Miguel fuera un regalo del cielo, suspiró besando su carita de nieve y rosa:

—Hijo mío, sólo tú serás desde hoy el objeto de la vida de tu madre...

FIN

Revisado por la censura gubernativa
Prohibida la reproducción.